Zeitschrift des Max-Planck-Instituts für Rechtsgeschichte und Rechtstheorie
Journal of the Max Planck Institute for Legal History and Legal Theory

Rechts Rg geschichte

Rechtsgeschichte
Legal History

www.lhlt.mpg.de

http://www.rg-rechtsgeschichte.de/rg34
Zitiervorschlag: Rechtsgeschichte – Legal History Rg 34 (2026)
http://dx.doi.org/10.12946/rg34/274-275

Rg 34 2026 274 – 275

Paola Revilla Orías*

Indio letrado y escuela rural en Bolivia

[*Lettered Indian* and Rural School in Bolivia]

* Universidad Católica Boliviana San Pablo (UCB-SP), La Paz, Bolivia; Associated Researcher at the Centro de Estudios Históricos y Humanidades (CEHH-UBO), Universidad Bernardo O'Higgins, Santiago, Chile, previlla@ucb.edu.bo

Dieser Beitrag steht unter einer Creative Commons Attribution 4.0 International License

Paola Revilla Orías

Indio letrado y escuela rural en Bolivia*

El año 2024, la Duke University Press compartió con el público *The Lettered Indian. Race, Nation, and Indigenous Education in Twentieth-Century Bolivia* de Brooke Larson. Profesora emérita de la Universidad de Stony Brook en Nueva York, en esta entrega Larson reafirma su compromiso con la historia etnográfica de los pueblos indígenas de la región andina en los avatares del complejo proceso de la construcción nacional boliviana.

El volumen de 496 páginas lleva en la tapa la imagen de un mural del maestro Miguel Alandia Pantoja. Hilvanando la narración aparecen varias fotografías que capturan el momento, el gesto de maestros y alumnos de escuelas rurales bolivianas. Las imágenes interactúan con un texto que, desplegado en siete capítulos, no pretende ser una historia institucional de la educación. Se trata de una exploración crítica y sólidamente fundamentada del proceso de creación y puesta en marcha de escuelas rurales en Bolivia entre 1900 y 1970 desde el »history-making movement which gives it form and substance«, como anuncia el epígrafe citando a Frantz Fanon. En este entendido – y aunque el estudio reposa en varias arenas de análisis intersectadas: el entramado jurídico y de políticas educativas gubernamentales, la influencia de misiones y proyectos internacionales, la actividad y criterios de sectores urbanos e intelectuales concernidos en distintos momentos –, no cabe duda de la centralidad conferida a la acción de alfabetización vernácula y al activismo indígena en la consolidación de núcleos escolares autogestionados en pueblos y comunidades rurales. El enfoque, reacio a dogmatismos historiográficos de distinta veta ideológica, es elocuente en la necesidad de descentrar la mirada de las narrativas oficiales para explicar fenómenos históricos en sociedades atravesadas por el colonialismo.

La reflexión revela el detenimiento en un vasto material de diferentes archivos, al que se suma la lectura detenida de producción e interpretaciones previas de intelectuales, historiadores y colectivos como el Taller de Historia Oral Andina (THOA). El resultado es una bibliografía muy completa y actualizada. Dicho esto, queda claro que la autora no circunscribe la labor del historiador al escritorio y que concede particular importancia al andar y conversar con la gente. Un ejercicio de traslados múltiples, que no todos los académicos encaran cuando la distancia a los Andes parece infranqueable. Esto hace que buena parte de su narración tenga el tono testimonial de lo visto, escuchado y conversado con actores cuya memoria supo interpelar desde 1966.

El tratamiento de la temporalidad delata la experiencia de la historiadora con la mirada en larga duración. Si bien los capítulos discurren cronológicamente, las referencias al periodo colonial (siglos XVI–XIX) atraviesan el relato, adaptando el lente a las menciones que los propios actores hacían en los siglos XIX y XX de uno u otro orden político. Los marcos en los que muchas veces se encierran los historiadores desde su especialidad, parcelando la historia, se desdibujan aquí al servicio de la comprensión del fenómeno desde su historicidad particular. Aunque su intención es priorizar el siglo XX, Larson asume una filigrana de cambios y persistencias de la transición entre el régimen monárquico y el republicano, atendiendo los reacomodos del colonialismo de distinto cuño.

Aunque la autora dice concentrarse sobre todo en La Paz, analiza también datos de un contexto previo a 1899, cuando los tres poderes estaban asentados en la capital, Sucre. El análisis pudo haber hecho más explícita esta realidad geopolítica, así como los efectos del enfrentamiento regionalista y del cambio de lugar de la sede de gobierno dentro de la dinámica del movimiento de caciques apoderados que aborda en el capítulo 2. Más aún, porque una de las riquezas del abordaje es que permite al lector navegar en múltiples escenarios aymara y quechuahablantes de los valles interandinos además del Altiplano. La riqueza de los datos yace precisamente en las redes interayllu y transregionales que alcanzó el movimiento de caciques, así como el nodo de escuelas bajo el modelo de Warisata presentado entre los capítulos 3 y 5.

* Brooke Larson, The Lettered Indian. Race, Nation, and Indigenous Education in Twentieth-Century Bolivia, Durham / London: Duke University Press 2024, 496 p., ISBN 978-1-4780-2065-3

Un punto importante del acercamiento espacial es el perfilar la escuela en Warisata como espacio de tensión intercultural entre políticas educativas distintas, con la hacienda infiltrada entre los ayllus que buscan el empoderamiento cultural, sin desvincularla de otras iniciativas tanto o más importantes en diferentes regiones. Incluso, en una mirada menos aymarocentrada, se podría haber profundizado más en iniciativas paralelas de ayllus del sur, como Caiza D en Potosí, que sobrevivieron a Warisata hasta el presente.

Sin romantizar la lectura de la escuela-ayllu, Larson destaca el respeto ritual que le otorgaba la comunidad al proyecto hacia 1930, como espacio de renovación comunitaria, a través de la educación íntimamente vinculada con el trabajo. Esta es una concepción que entra en tensión con la mirada de algunos actores gubernamentales que tildaron al proyecto de subversivo, buscando reconducirlo e incluso neutralizarlo. Así también, que difiere con los usos de la memoria de Warisata por parte de sus herederos décadas después; y con la recuperación interpretativa desde la intelectualidad aymara de la década de los años 90 que, en su giro epistémico, sacudió el andamiaje de la historia de la educación en Bolivia.

El aprendizaje y el conocimiento generado en la escuela rural habrían sido concebidos como campos de lucha indisociables de la reivindicación de derechos postergados sobre la tierra y del rechazo a los abusos del esquema de trabajo gamonal. Esta violencia, que Larson califica como neocolonial y »grotesco renacimiento del feudalismo agrario« (74), se habría expresado desde un lenguaje intimidatorio cotidiano sobre la educación indígena, más que desde el aparato normativo republicano. Paradójicamente, el analfabetismo, prejuiciosamente leído como sinónimo de postración, hizo de espejismo de una realidad de innegable protagonismo indígena en la producción y comercio de bienes, que Elizardo Pérez identificó bien al subrayar que carecer de letras no era sinónimo de aislamiento o de ignorancia (115).

Es más, *The Lettered Indian* permite entender que mientras las autoridades de gobierno y los intelectuales están inmersos en acalorados debates sobre qué hacer con »el indio«, a modo de funcionalizar su papel dentro del mercado y el cuartel, los comunarios están reinventando su relación con las ciudades letradas para hacer escuchar reivindicaciones sobre la tierra y la autodeterminación largamente sostenidas. Larson entronca aquí con la historiografía que atiende a la tradición litigante del mundo indígena desde tiempos coloniales, leyendo la apuesta por la alfabetización como acción de »apropiación subversiva« de la letra en el recurso a archivos y tribunales en contexto republicano. Esta dinámica, que le debía más a la autogestión que a políticas gubernamentales, llevó a que las escuelas rurales se expandieran, trastocando la quimera alienante de un »indio civilizado«, por la realidad de un comunario que se perfilaba como agente letrado bilingüe, sensible a los pendientes agrarios en el país.

Los protagonistas de esta historia son maestros y estudiantes rurales de distinta generación y origen, que el relato nos muestra en sus avatares personales, dentro de determinadas colectividades, transitando múltiples coyunturas. Larson no cae en la trampa de la idealización. Los muestra en sus dudas y contradicciones humanas, incluso al referir a personajes devenidos casi símbolos identitarios como Elizardo Pérez. Atenta a una praxis que declara beber de fuente interpretativa gramsciana y, a su vez, profundamente crítica a las limitaciones del materialismo dogmático, no lee a los dirigentes campesinos de mediados del siglo XX como militantes obcecados de un partido vertical. Más bien, destaca el fuerte vínculo de algunos con el activismo itinerante de la década de los años 20. El »indio letrado« es para la historiadora un agente cultural, no un esencialismo. Un ser humano atravesado por la violencia del racismo cobarde, de la etnificación interesada que perpetúa categorías sociales por origen o clase social, encerrando a los bolivianos en dilemas interminables sobre la alteridad construida. Habría sido muy enriquecedor que con esta misma apertura se situase y explicitase otras categorías de adscripción como la reiterada de »criollo«. Asimismo, el detenimiento en la complejidad intrínseca a la élite terrateniente; y en el impacto entre maestros y alumnos de escuelas rurales, del discurso – devenido oficia – de rechazo visceral a quienes formaban parte de la »rosca oligárquica«, dentro del proyecto ideológico del MNR.

No cabe duda que estamos ante un muy valioso aporte a la historia del movimiento indígena que dio cuerpo a las escuelas rurales en la Bolivia del siglo XX desde un enfoque propositivo, sensible y muy bien fundamentado. Es un texto espléndidamente escrito e inspirador, que debe ser pronto traducido al español para que llegue a un público más amplio.

■